

# El peligro de quedar convertido en chabochi: breves apuntes sobre la Semana Santa en la Baja Tarahumara

Carlos Arturo Hernández Dávila<sup>1</sup>

I



El internauta que en Internet realiza una simple búsqueda en, por ejemplo, la plataforma *Google* con las palabras “Semana Santa *rarámuri*” o “Semana Santa tarahumara”, encontrará un variopinto menú de opciones que van desde ofertas de tours *all inclusive* hasta noticias de diarios locales o nacionales sobre estas fiestas, haciendo énfasis en las palabras “cultura”, “costumbre”, “tradición”,

<sup>1</sup> Docente en la Escuela Nacional de Antropología e Historia en la Universidad Iberoamericana, Ciudad de México.  
Las fotografías incluidas en este texto son obra del mismo autor.

“religiosidad popular”, “turismo de aventura”, “descubre Chihuahua”, etc. Las imágenes que acompañan esos textos son tomadas casi siempre de las fiestas de Semana Santa celebradas en la llamada Alta Tarahumara, en donde los *rarámuri* están más acostumbrados al turismo que se desplaza para contemplar, como público, sus rituales. En estos pueblos (Nogachi y Sisoguichi, por citar algunos), sabemos gracias a las crónicas y documentos de la época, que desde el siglo XVII fueron los misioneros jesuitas quienes fijaron a la Semana Santa un cierto carácter de espectáculo para “edificación de los naturales”, según el lenguaje de la época.

Pero no todas las celebraciones son iguales a lo largo y ancho de la sierra. Por ejemplo, en la Baja Tarahumara, justo donde el estado de Chihuahua hace límite común con los de Durango y Sinaloa formando el llamado Triángulo Dorado, la Semana Santa adquiere tintes diferentes. Tuve la ocasión de realizar dos estancias en los años 2017 y 2018 y lo registrado entonces (tanto en las notas como en las imágenes que acompañan el presente texto) tienen como objetivo reflexionar y repensar en las formas estéticas y en los objetos mediante los cuales en este tiempo tan importante para los *rarámuri* una poderosa alteridad constituyente, a saber, la omnipresencia del narcotráfico en la región, se convierte en una protagonista indispensable para comprender el modelo cosmológico local.

## II

Desde lo alto de la barranca, en la comunidad de Retosachi, es posible escuchar el “tum-tum, tum-tum” de los tambores de piel de chivo. El sonido proviene desde el fondo de la barranca y conecta en una misma cartografía sonora a diver-

sas comunidades como Sorichike, Santa Rosa, San José Kuechi, Huisuchi o el más distante Siótabo. Es cuaresma, el invierno se ha retirado y la sequía primaveral es cada vez más evidente. En estos días, los tamboreros convocan a los *pariseos*, el aguerrido grupo ceremonial encargado de buscar, perseguir y matar a Cristo en la cruz el Viernes Santo, pero quien resucitará el Sábado de Gloria, día en que sus verdugos serán a su vez aniquilados por quien fuera su víctima en la víspera.

Este circuito de muerte y renacimiento se explica dentro del pensamiento *rarámuri* a partir de las narrativas que dan cuenta de la violencia mítica que, en forma de una transgresión primigenia, es considerada como un punto de quiebre en el amanecer del mundo. Este mito resulta también una poderosa herramienta que explica el paso del caos original al establecimiento del orden social *rarámuri*. Para este pueblo, dicha transgresión tiene su raíz en un arrebatado acto de engaño y desencuentro entre los hermanos *Riosi* y *Riablo* (Dios y Diablo), este último responsable de sostener relaciones sexuales con la esposa del primero. Al verse descubierto, *Riablo* mata a *Riosi*, quien sin embargo resucita e, investido de su nueva condición de fuerza, enfrenta y mata al diablo para luego sepultarlo bajo tierra. Este drama ordena las funciones, disposiciones y espacios de los seres en el cosmos: el arriba y el abajo, el binomio Este/Norte y Oeste/Sur, la izquierda y la derecha, el atrás y el adelante, el orden y el desorden, la transgresión y la disciplina: todos estos elementos se distribuyen en el cosmos mediante este mito inicial y encuentran una forma de ser continuamente representado en el drama cósmico que se instaura y escenifica durante la Semana Santa.<sup>2</sup>

---

2 Carlo Bonfiglioli, Arturo Gutiérrez y María Eugenia Olavarría, "De la violencia mítica al «mundo-flor». Transformaciones de la Semana Santa en el norte de México", en *Journal de la Société des Americanistes*, vol. 90, núm. 1, 2004, pp. 57-91.

Pero volvamos a los *pariseo*. Verdaderas serpientes emplumadas (pues su atuendo incluye un penacho hecho de plumas de guajolote), los miembros de este grupo ceremonial demuestran durante este tiempo una actitud militar: marchan siguiendo siempre las órdenes de su capitán y ostentan objetos que los identifican como un colectivo presto para entrar en combate. Además, personifican también a las estrellas y con ese carácter cósmico, bregan contra los soldados de Cristo, quien es también el astro solar. De ahí que, al atardecer del Viernes Santo, cuando el sol sea sacrificado por decenas de estos personajes astrales, la noche con su poderosa oscuridad devolverá al mundo su caos originario. Solo al amanecer del Sábado de Gloria y cuando el sol emerja otra vez desde el Oriente, es cuando las estrellas serán derrotadas, enceguecidas por la luz y rodarán vencidas por el templo. Se entregarán a combates cuerpo a cuerpo entre sí para luego ser extinguidos. Pero antes de su colapso definitivo, aparecerá en medio de la fiesta un muñeco de paja o madera, a quien se conoce como Judas (y a quien los *pariseo* reconocen como su padre o abuelo, en todo caso siempre un ancestro). Judas está vestido a la usanza *chabochi*, con zapatos o botas y ropa propia de los no *rarámuri*, pero además está dotado de un enorme falo, símbolo de la transgresión, la comicidad y la fertilidad por excelencia. Los soldados de Cristo combatirán en un Armagedón final contra los *pariseo* para arrebatárles a su ancestro y una vez capturado será linchado y quemado y sus restos arrastrados por las calles de la comunidad. En su destrucción le acompañarán todos los objetos símbolos del poder de las estrellas derrotadas: los penachos de plumas, las matracas, los sables y espadas adornadas con formas serpentinas, algunos tambores decorados con estrellas y, en el caso que me ocupa, las sofisticadas copias en madera de las armas de grueso calibre

de uso exclusivo del ejército (fusiles de asalto AK-47 y R-15) con las cuales estas estrellas-serpientes demuestran ser dueños y señores del tiempo y el espacio durante estos días.

### III

En la lengua *rarámuri*, la Semana Santa se designa con el término *noriroachi*, es decir, “cuando se camina en círculo”. La enorme mayoría de las etnografías disponibles sobre esta fiesta entre los *rarámuri* se realizaron en la zona conocida como Alta Tarahumara, subregión donde la evangelización alcanzó mayor estabilidad a lo largo de los siglos.<sup>3</sup> En la Baja Tarahumara la dinámica evangelizadora sufrió diversos contratiempos que obligaron a los jesuitas primero y a los franciscanos después a claudicar poco a poco en el terreno, incluso declarando a algunas comunidades como abiertamente “apóstatas” o “cimarronas”, en contraste con aquellas denominadas *pagótuame*, es decir, bautizadas. Una de estas regiones de frontera se encuentra en la cima y barranca de Batopilas, donde se encuentra Munérachi, el pueblo donde registré estos datos.

Munérachi se encuentra rodeado de campos de amapola. Al pueblo se puede llegar en camioneta desde Guachochi utilizando la carretera que se dirige hacia la cabecera municipal de Batopilas, o bien la que se dirige a Creel, tomando la desviación en el entronque que comunica con Samachike, una comunidad de relativa importancia en donde se concentra la última parroquia jesuita de toda la Diócesis de la Tarahumara y en donde, además del aserradero y el hospital-misión de la iglesia cristiana evangélica, se encuentran

<sup>3</sup> Luis González Rodríguez, *Tarahumara: la sierra y el hombre*. Camino/SEP, Chihuahua, 1982.

instalados varios retenes del crimen organizado en donde se ubican sendos grupos de jóvenes *rarámuri* que fungen como “halcones” (vigilantes y espías) y quienes controlan el paso de todo aquel que se adentre en los caminos serranos. La omnipresencia del crimen organizado está documentada en diversos recursos disponibles en Internet, desde videos de caravanas de camionetas provistas de hombres con armas de alto poder y grueso calibre, hasta los reportes elaborados por diversos periodistas e investigadores que dan cuenta del uso, por parte de los narcotraficantes, de la mano de obra local a la cual se le fuerza a trabajar sin remuneración en los plantíos de mariguana, pero sobre todo de amapola.<sup>4</sup>

## IV

Lejos del esplendor de la Semana Santa representada en otros pueblos con mayor presencia eclesiástica o estatal, en Munérachi el *norinoachi* está totalmente en las manos de las autoridades locales, los grupos ceremoniales y los narcos, dueños del comercio. Es una fiesta en la que no se espera a ningún público *chabochi*; no se presenta como un espectáculo: el consumo de la bebida tradicional (*tesgüino*) compite con la cerveza de bote Tecate, la cual, a decir de algunos ancianos, exacerba la violencia al interior del pueblo, llegando a producirse escenas de peleas a golpes con mucha efusión de sangre. Incluso en el 2018 fuimos testigos de la muerte de un anciano violinista por un pleito.

---

4 Diana Villalobos Díaz, Patricia Martínez Esparza y Hugo Carrillo Domínguez, *Diagnóstico y propuestas sobre la violencia en la Sierra Tarahumara para la sociedad civil, comunidades, autoridades estatales y federales 2006-2017*. Consultoría Técnica Comunitaria/Aldea Global, Chihuahua, 2018.

Los *pariseo* son quienes controlan la escena. Portan sus rifles de asalto de madera labrados con maestría por jóvenes de estas comunidades, compiten entre sí por su realismo:

–¿Cómo hacen para que se vean tan *de a de veras*? –Inquiero.

–Es que tengo uno de verdad–, me responde Sabino, un joven *rarámuri* que no alcanza a contar 18 años de edad.

A la cerveza Tecate hay que añadir que los *pariseo* de Munérachi despiden el humo de cigarros cuya hechura combina tabaco con mariguana y que circulan con efusividad entre los compañeros reunidos en el río para cubrirse el cuerpo con una arcilla de color amarillo. Algunos, como muestra de su aguerrido espíritu desafiante, portan fetos de chivo que se cargan sobre el pecho junto a sus armas. Y muchos portan en la zapeta unas pequeñas bocinas de fabricación china que, mediante la inserción de una tarjeta de memoria, reproducen narcocorridos que se suman al ambiente creado por los gritos y tambores de los *pariseo* y las plegarias de las pachitas.

Mucha agua ha corrido en los ríos de la memoria en la Sierra. En la Semana Santa de 1976, en el pueblo de Kwechi la llegada del Judas había sido anticipada por una carta supuestamente escrita por él mismo, en la que avisaba a sus anfitriones que llegaría a pedir unas “poquitas cosas”: grandes extensiones de terreno, insolentes cantidades de chivos y reses, así como una muchacha (*teweke*) a la que no quería “para hacer nada malo”, sino solo “para que le ayudara”. Según este informe de campo, la carta fue leída entre grandes rechiflas y carcajadas de burla por los *rarámuri* del pueblo y fue guardada para ser quemada junto con su autor.<sup>5</sup> La des-

5 Citado en Pedro de Velasco, *Danzar o morir. Religión y resistencia a la dominación en la cultura tarahumara*. ITESO, México, 2006 [1983], pp. 281-282.

mesurada ambición del Judas confirmaba su identidad *chabocho*. Es a este ser insaciable y codicioso a quien Judas y los *pariseo* encarnan en su salvajismo, incultura y brutalidad. Son los *chabocho* quienes han implantado el lenguaje de las armas y quienes en su barbarie han teñido a la sierra de sangre y tribulación. Era costumbre que la destrucción de este Judas daba paso a la tescüinada final, a la recuperación del orden y la armonía impuesta por la victoria del Cristo-sol. Las armas eran proscritas y entregadas al fuego y la gente volvía a sus ranchos a proseguir con la vida. Pero jóvenes como Sabino, si bien quemarán sus rifles de madera, al otro día volverán a tomar sus armas de verdad. Se reintegrarán a una célula que patrullará la Sierra cuidando cultivos de amapola o amedrentando a las gentes de su propia cultura.

Es posible que lo vivido y expresado en estas celebraciones alejadas del lucimiento turístico nos estén indicando que, a pesar del cierre del tiempo sagrado, cada vez haya más jóvenes que no vuelvan a ser lo que siempre fueron y en cambio permanezcan inmersos, sin posibilidad de retorno, en el violento universo *chabocho* alentando nuevos ciclos de una violencia que no parece tener fin.



**DO  
SSI  
ER**

